

FRANCISCO JAVIER SÁEZ DE MATORANA

JUAN EL BAUTISTA

UNA APROXIMACIÓN
AL PROFETA
DEL DESIERTO



COMPRA *ONLINE*
EN **PPC-EDITORIAL.ES**



PPC
↑

Diseño: Estudio SM

© 2020, Francisco Javier Sáez de Maturana Municha

© 2020, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppcedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-3534-3

Depósito legal: M 38254-2019

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

PRÓLOGO

El prólogo sirve de introducción a la lectura; en este caso, de un texto peculiar, original, concienzudo, exhaustivo, pedagógico, que abarca la personalidad compleja y apasionante de Juan el Bautista, profeta del desierto.

La simple lectura de la introducción abre el apetito, provoca e impulsa a su lectura. Se intuyen horizontes en la frontera de Dios y en el corazón de los anhelos profundos de la persona. Ronda la utopía en medio de la opacidad de un mundo gris, mediocre, de intereses bastardos.

Juan el Bautista. Una aproximación al profeta del desierto es un texto denso, apretado, bien pensado y estructurado, que presenta el perfil completo del «Precursor», del «mejor testigo de la Luz», «promotor de la justicia y de la solidaridad», «la voz que clama en el desierto», «el profeta y más que un profeta» que prepara el camino, «entre los hijos de mujer no ha habido uno mayor», «aunque se quede en la aurora del Reino, pues el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él».

Pero, «para comprender el misterio de Jesús», hay que tener en cuenta que un punto de partida está en la profecía de Juan el Bautista, una profecía preñada de esperanza y, por eso mismo, llena de esa indignación y esa *parresía* –valentía, coraje para decir la verdad– que fue sembrando el Dios

de Israel para llevar adelante la liberación y hacer un pueblo nuevo.

Se multiplican las razones para escribir y publicar este libro. Hacía falta un libro que describiese la personalidad completa de Juan el Bautista, pero un libro contextualizado en aquel mundo judío, romano, en crisis económica profunda que resulta imprescindible conocer para captar e interpretar su personalidad. Personalidad que empieza por «ser un niño profeta», un «hombre del desierto» que irrumpe «con un mensaje provocador». Quebranta con «el ritual único». Recibe a un galileo en el Jordán. Se aproxima y se diferencia de los esenios. La fuerza de su testimonio le lleva a ser «mártir de la verdad». Con Jesús constituye la parábola del profeta en las periferias. Y culmina su peripecia e itinerario humano, creyente y profético como el «precursor de Jesús».

Todo el libro está sembrado de preguntas valientes e interrogaciones lúcidas, intentando abarcar todas las dimensiones y facetas de la figura de Juan el Bautista aplicadas a la Iglesia de hoy, misterio, pueblo de Dios en comunión fraterna y en misión.

Resulta seductor y didáctico contemplar al profeta del desierto encarnado, interpretado y leído en el mundo actual, globalizado, neoliberal, con fuerte crisis económica y de valores, escuchando las voces de «los indignados» por todo el mundo, pero sobre todo las voces de los pobres que no levantan cabeza.

Pero Juan el Bautista nos lleva a través de su autor, Francisco Javier Sáez de Maturana, misionero en Perú, a no per-

der las esencias, las raíces de nuestra identidad bautismal, que marca el sentido profundo y último de la vida, aun en los contextos más adversos, inhóspitos y deshumanizantes.

Y en ese proceso de purificación del desierto, en esa mística que traza y vive Juan el Bautista, somos capaces de escribir el relato liberador y la parábola de la Iglesia misterio y pueblo de Dios en misión, comunión de comunidades, de hijos y hermanos, todos iguales, participativos en la comunión, solidarios, proféticos; donde los pobres ocupan el centro de la mesa; la autoridad se entiende como servicio y no como poder; se busca diálogo ecuménico desde las bases, y los cristianos pueden vivir en libertad, solidaridad, profecía, utopía, resistencia y *parresía*.

No se trata de una Iglesia nueva, sino de una manera nueva de ser Iglesia, un nuevo paradigma de Iglesia, poblada de profetas y testigos, apóstoles, discípulos y seguidores de Jesús.

Y así llegamos al epicentro de una Iglesia en salida, presente en las periferias humanas y geográficas que nos pide el obispo de Roma, Francisco. Y ahí mismo nos encontramos en la inspiración y proyección del Concilio Vaticano II, al que no se cita explícitamente muchas veces, pero se explica, porque este texto se escribe en la lectura, música y mística del Concilio Vaticano II, que se vive, practica y ejerce en todo el libro.

Con Juan el Bautista empieza un nuevo tiempo, la nueva era. «En aquella época de fuertes tensiones sociales, económicas y de temores relacionados con el futuro, cada vez mayores, una época en la que la justicia y el pecado dominaban todo, Juan se presentó en el desierto, fuera de la tierra habi-

tada [...] abriendo la posibilidad de salvación con la vuelta a la alianza que Dios había hecho con sus antepasados. El profeta colocaba de nuevo al pueblo en el desierto, a las puertas de la tierra prometida, pero fuera de ella».

Quiero resaltar los rasgos de identidad del profeta del desierto con las mismas palabras del autor, que nos muestra la figura señera que fue en la historia de la salvación, y seguidamente una lectura humana y creyente de Juan el Bautista aplicada a la actualidad.

La vida de Juan fue la vida de un hombre marginal. Vivió en aquella sociedad y en aquella religión, pero en los márgenes. Eligió el desierto para vivir. Su forma de vestir, de comer y su mensaje muestran que no fue un funcionario integrado en el sistema, sino un «autoexcluido» de él. Juan preparó el camino del Señor viviendo desde Dios, dejándose llevar de su Espíritu, mediante la denuncia, la exigencia, la urgencia de un cambio de vida. El profeta del desierto tenía la autoridad del que obedece a la voz de Dios, una voz que le lleva fuera del sistema.

El mensaje de Juan podía parecer tenebroso, que solo anunciaba calamidades, pero escuchando a Lc 3,10-14 vemos que no era así, pues él quería que la tierra se transformase y aconteciese el Reino.

Barruntó un nuevo tiempo, el tiempo de la ternura activa y transformadora de Dios, y quiso entrar en ese nuevo tiempo, quiso incluso anticiparlo. De la mano de Juan, a quien se adhirió y de quien asumió su llamamiento general a la conversión y a la acogida final del perdón de Dios, Jesús se sumergió en las aguas del Jordán para sumergirse en el nuevo

tiempo que intuía y esperaba, y él mismo anunciaría pronto: «El tiempo se ha cumplido: el reino de Dios está cerca. Convertíos y creed en la buena noticia».

Juan era el último de los profetas, el precursor. Su nacimiento y su misión se sitúan entre los dos Testamentos. No será punto de ruptura, sino de conexión y cambio. Él será el que haga saber al pueblo del Antiguo Testamento que llega la Buena Noticia de Jesús.

Por las imágenes que los artistas han elaborado de Juan el Bautista, el profeta, tanto de niño como de adulto, es conocido por su dedo. Incluso el refrán dice: «Hasta que san Juan baje el dedo». Sí, Juan será un dedo, pero no apuntando al pasado, sino al tiempo que está viniendo. El dedo que apunta a lo nuevo, al cambio; ojalá nuestros dedos hicieran como el dedo de Juan...

Desde la periferia, sin el apoyo de nadie, sin invocar autoridad alguna que legitimara su actuación, desde fuera de la tierra sagrada y del Templo, en el ámbito de lo profano, en una región deshabitada y no cultivada, gritará su mensaje, invitando a todos a ir donde él estaba para reconocer y arrepentirse de los pecados, vivir una conversión radical, cuyo símbolo no serían ya los sacrificios de los animales, sino el bautismo en el río Jordán, y así poder ingresar renovados de nuevo en la tierra prometida para acoger la inminente llegada de Dios.

Estando con Juan, y a partir de su bautismo, fue creciendo en Jesús la experiencia de la bondad, la compasión y la misericordia de Dios, hasta el punto de ser determinante en su relación con la gente. Él experimenta a Dios no como

una amenaza para la vida o como el hacha que se levanta contra el árbol, sino que deja que la vida sea, a pesar de que todos habrían merecido la muerte. Esta es la experiencia fundamental de Jesús: la vida tiene una posibilidad.

Se veía cómo Jesús manifestaba la compasión universal y regeneradora de Dios para todos, no solo para los bautizados en el Jordán. Él demostraba así que el Reino se estaba haciendo presente a través de signos de misericordia concreta, como la curación de las enfermedades y la victoria sobre el mal. El Reino no es una especie de entidad abstracta; Jesús lo entendió como salud personal de cuerpo y alma, como perdón, comida y libertad en un espacio y un tiempo concretos, en este mismo momento, allí por donde iba, y sabiendo que solo Dios podía culminar su obra en el Reino.

Esbozo una lectura humana y creyente de Juan el Bautista aplicada a la actualidad, según los datos del libro de Francisco Javier Sáez de Maturana, revelador y didáctico.

Juan, famoso desde Judea hasta Galilea, era un hombre «marginal» en la sociedad y religión judía de su tiempo. Vivía en los márgenes de aquella sociedad y de aquella religión. Vivía en el desierto, comía y vestía pobremente, su mensaje era de denuncia y se enfrentó con los poderes políticos. Es curioso que su voz fuera escuchada por los «publicanos y prostitutas» (Mt 21,32) y rechazada por los sacerdotes y senadores (Mt 21,23.32).

Juan no era un hombre integrado en el sistema, más bien era un autoexcluido. Vivió como los grandes profetas; propuso un mundo alternativo, otra forma de vida, otros valores, otros criterios. Juan, como profeta, habló de un modo

nuevo y distinto. Para hacer eso no se puede ser mero funcionario del sistema. Si creyéramos en la fuerza del Espíritu del Evangelio, eso haríamos todos, empezando por los obispos, como hace el obispo de Roma, Francisco, a quien no seguimos. Qué razón tiene José María Castillo cuando dice: «Desde la pompa y el boato no se puede denunciar la maldad».

Entre Jesús y Juan se dan notas comunes. Según el cuarto evangelio, los primeros discípulos de Jesús pertenecían al grupo de Juan el Bautista, que no hizo problema de ello. Más tarde, cuando se produjeron roces entre los discípulos de Jesús y los de Juan (Jn 3,25-26), Juan cortó las rivalidades: «Él debe crecer y yo menguar» (Jn 3,30). El Evangelio no tolera ni protagonismos ni proselitismos. Tiene razón el *Kempis* cuando afirma algo que todos sufrimos:

El descontento y alterado
con diversas sospechas
se atormenta;
ni él se sosiega
ni deja descansar a los otros.

Juan y Jesús hablan de un proyecto de vida. En estos relatos del evangelio se piensa en ser más honestos, éticos, buenos, que podemos traducir en ser mejores ciudadanos y profesionales.

El Dios que nos muestra Jesús no es el dios del miedo, sino el Padre de la misericordia, la bondad y la compasión. El dios del miedo quiere personas sometidas, no honradas.

Y lo que necesitamos en la vida es honradez, honestidad, bondad, justicia, solidaridad, compartir y no sumisión.

Juan pedía a las personas, a la sociedad, cambiar las costumbres, ser más honestos, practicar una religiosidad más auténtica. Es lo que simbolizaba al meter a las personas en el río Jordán; introducirlas en el agua era como morir y nacer de nuevo. El que muere nace de nuevo y es una persona nueva.

Y es lo que hizo Jesús: se puso en la fila, entre la gente, para ser bautizado. Desde lo humano se nos revela lo divino. Precisamente en lo más sencillamente humano se hace presente y visible el Dios trascendente. El mensaje de Jesús tiene como fin hacernos más humanos, honrados, responsables, tolerantes, respetuosos, personas buenas, sensibles al sufrimiento y a la felicidad de los demás; en una palabra, buenos ciudadanos. La fe, la oración y la mística nos ayudan a hacer entre todos un mundo más humano y más habitable para todos, porque el actual no lo es.

La Buena Noticia, tanto de Juan como de Jesús, no empezó en el Templo ni vino de sus funcionarios, sino del desierto y de la periferia. Podíamos decir que el Evangelio empieza primero en lo laico antes que en lo religioso, que también cuenta y está presente. Hemos de empezar a vivir lo religioso respetando lo humano, lo temporal, lo laico; si la religión no respeta este criterio, hace daño a la gente y a Dios.

Sin embargo, hay diferencias entre Jesús y Juan. El tema central para Juan el Bautista fue el pecado y la confesión de los pecados (Mt 3,5ss; Lc 3,3). En cambio, el tema central para Jesús fue la vida, la alegría de la gente, su felicidad y la vida de los pobres, enfermos, los que sufren, la alegría de los

que han perdido la esperanza y la «comensalía de todos», especialmente de los excluidos.

Parece que a Jesús le importaba más luchar contra el sufrimiento del pueblo que hablar del pecado; nos invita hacer lo que él hacía: curar enfermos, dar de comer y cuidar las relaciones humanas para una buena convivencia, como dice José María Castillo.

Algunos, no sé si con acierto, comparan a Juan el Bautista con un entierro y, en cambio, a Jesús con una boda. Juan ni comía ni bebía, y a Jesús le llamaban comilón y borracho.

A veces insistimos en exceso en la renuncia, el sacrificio y las prohibiciones como camino para acercarnos a Dios. Y, sin embargo, lo que más nos asemeja a Jesús es anunciar y vivir el gozo y la felicidad, sobre todo hacer felices a los demás. Tiene razón José María Castillo cuando afirma que contagiar felicidad es más difícil y costoso que imponer penitencia. A Jesús le encontramos dando felicidad y no en la tristeza del luto y de la muerte. Así nos lo muestra el obispo de Roma, Francisco. El nuevo itinerario pascual, el paradigma eclesial más evangélico, nos lo traza Francisco en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, «La alegría del Evangelio» (2013).

Hemos de reconocer que Juan el Bautista, el profeta del desierto, nos recuerda el inicio de uno de los cambios más decisivos en la historia de la humanidad. No celebramos su muerte, sino su nacimiento.

Con Juan se cierra la etapa marcada por la ley religiosa y se abre la etapa del Reino, que es vida para los pobres, excluidos, enfermos, para lo desechable y descartable de este

mundo. En Jesús triunfa lo que fracasa en el mundo. Eso nos viene a decir que el hecho religioso se desplaza, ya no está en el templo, sino en la calle, en el campo, en el desierto. Lo central ya no será lo sagrado, sino lo profano, sin olvidar aquello. Juan fue un hombre del desierto, lugar de peligro y marginación, donde vivían gentes que no tenían buena relación con el Templo, como los monjes de Qumrán.

Así se expresa José María Castillo.

Concluyo recomendando vivamente la lectura de este libro, pues se puede descubrir que Juan el Bautista fue y es un *kairós* en el pueblo de Dios ayer y hoy. Y también en su lectura se pueden encontrar la inspiración y la luz para seguir los pasos de Francisco, el obispo de Roma, en una Iglesia en salida y del encuentro.

NICOLÁS CASTELLANOS FRANCO, OSA
obispo emérito de Palencia

INTRODUCCIÓN

Entre los cristianos, desde los primeros tiempos, Juan es un profeta muy querido. Aparece mencionado unas cien veces en los escritos del Nuevo Testamento, prueba de la importancia que se le daba en los comienzos del cristianismo.

Juan es el «precursor», el que anuncia y prepara la venida de Jesús y le apunta con su dedo para que todos se fijen en él. Es el modelo de «testigo» fiel. Es el «amigo del novio». Es un «hombre bueno». Los elogios al profeta en las fuentes son increíbles. Pero en no pocos, al hacer énfasis únicamente en esas facetas –sobre todo en la de «precursor»–, se ha creado la imagen de Juan como si fuera una especie de «telonero» de Jesús o como quien le corre la cortina para que él actúe. Siendo todo ello importante, hay mucho más en su persona. Prueba de ello es que en las fuentes se pone mucho cuidado en no ponerlo por delante de Jesús. ¿Por qué sucede eso?

Juan es una de las grandes figuras bíblicas, con una impresionante fuerza histórica y una singular personalidad. No hay que olvidar que, de él, Jesús mismo dijo que «entre los hijos de mujer no ha habido uno mayor» (Mt 11,11), es decir, «el mayor de todos los hombres». Al quedarnos únicamente en algunas imágenes, las características propias de la identidad de Juan han quedado bastante desdibujadas.

J. P. Meier, prestigioso exegeta católico norteamericano, considerado como el más significativo e influyente de los investigadores sobre el Jesús histórico, no solo entre los católicos –el mismo Benedicto XVI lo ha citado en su obra *Jesús de Nazaret*–, sino también entre miembros de otras confesiones cristianas, ha escrito: «Juan el Bautista, su mensaje, su vida y su bautismo deben considerarse globalmente como el origen vital e indispensable del mensaje y de la praxis de Jesús». Ignorar la importancia de Juan como persona y en relación con Jesús lleva al peligro de sacar a Jesús y su Evangelio del Reino de su contexto vital.

Gracias a J. P. Meier y a otros investigadores de la historia de Jesús, cuyos estudios vamos conociendo desde hace unos decenios, Juan el Bautista va emergiendo como lo que realmente fue: un hombre que vivió inflamado por la misma pasión de Dios, que no es otra sino el bien y la salvación de su pueblo; un predicador ardiente que desató una auténtica conmoción en la Palestina de la primera parte del siglo I, tanto con sus palabras como con el lugar de su actuación, su ropa y su alimentación; un verdadero ejemplo de imaginación y creatividad en su labor, por medio de su bautismo; un profeta que removió las cenizas de la fe israelita y supo despertar y poner a flor de piel en el pueblo la esperanza de salvación y de otro mundo posible; un maestro a quien Jesús escuchó, admiró y de quien aprendió en sus comienzos, aunque luego tomara su propio camino, pero sin olvidarlo nunca; un hombre auténtico, sin ostentación alguna y coherente, que denuncia la corrupción en todos los niveles y que se mantiene firme frente a todo poder, siendo ejecutado por

orden de Herodes Antipas; un hombre amado por la gente que, incluso después de muerto, tuvo seguidores que defendieron su memoria.

Con estas páginas tan solo deseo ofrecer una aproximación a la impresionante, pero poco conocida, figura de Juan, profeta del desierto. Considero que esto es ya muy importante. Pero, además, conocerle nos aportará el marco histórico y teológico del que Jesús partió y del que evolucionó, ofreciendo una propuesta personal. El mismo Meier dice algo que puede llamar nuestra atención: «No entender al Bautista es no entender a Jesús». ¿Es verdadera esta afirmación? Sin duda. Según los evangelios, el ministerio y la palabra de Juan el Bautista se cumplen en la misión de Jesús. Es cierto que, sin Jesús, el Bautista se habría quedado en una figura religiosa más del mundo judío. Pero también es muy cierto que Jesús y su Evangelio serían difíciles de entender sin Juan el Bautista. Es más, de todos los movimientos religiosos en la Palestina de los primeros años del siglo I, ninguno está tan directamente relacionado con el movimiento de Jesús como el ministerio de Juan el Bautista.

Desde las fuentes

¿Cuáles son las fuentes para conocer a Juan? Hay varias. En primer lugar, los cuatro evangelios canónicos; todos ellos hablan de él, aunque con algunas diferencias, como iremos viendo. Es llamativo ver que, después de Jesús, de ningún otro personaje nos dan los relatos evangélicos más datos

biográficos que de Juan el Bautista. ¿Qué sabemos de la mayoría de los apóstoles? Pues únicamente su nombre. ¿Qué conocemos de José, el padre de Jesús? Apenas alguna mención con motivo del embarazo de María. ¿Y de María, la madre de Jesús? La verdad es que en los evangelios aparece citada mucho menos que el profeta del desierto.

Hay también algunas referencias a Juan o a sus discípulos en los Hechos de los Apóstoles. ¿Son los escritos paulinos una fuente para encontrar datos de la vida de Juan? Pues no. Resulta impresionante el silencio total de Pablo y de su tradición respecto a la figura y la actividad del Bautista. Un silencio que solo puede asemejarse al que los mismos escritos paulinos mantienen sobre la actividad histórica de Jesús.

En segundo lugar, contamos con la obra del historiador judío Flavio Josefo –nacido en Jerusalén pocos años después de la muerte de Juan y de Jesús– titulada *Antigüedades judías* [en adelante, *Antigüedades*], escrita hacia el año 93 d. C. En ella, haciendo la reconstrucción de la historia del pueblo judío, dedica a Juan el Bautista cuatro párrafos. Traza un retrato del profeta y de su actividad antes del arresto y ejecución en la fortaleza-castillo de Maqueronte por orden de Herodes Antipas. Esto dice mucho de la importancia que le da al Bautista. A Jesús, sin embargo, únicamente le dedica un párrafo. Llamen la atención dos cosas: una, que utiliza respecto a Juan tonos más elogiosos que para Jesús; y otra, que, así como los evangelios ponen a Juan en relación clara con Jesús, en el escrito del historiador judío no aparece en ningún momento esta relación. ¿A qué puede deberse esto? Pues, tal vez, a que, para Josefo, Juan era sencillamente más

relevante que Jesús, o bien porque carecía de los datos de que disponían los evangelistas y los judíos que habían reconocido a Jesús como el Mesías de Israel.

La descripción de Juan la introduce Josefo en su relato del enfrentamiento entre Herodes Antipas y el nabateo Aretas IV, rey de Petra, y como explicación de la victoria de este en el año 36 d. C., unos años después de la ejecución del profeta. He aquí sus palabras, según la traducción del griego realizada por J. P. Meier:

Pero algunos judíos creían que el ejército de Herodes fue destruido por Dios: realmente, en justo castigo de Dios [a Herodes] para vengar lo que él había hecho a Juan, llamado el Bautista.

Porque Herodes lo mató, aunque [Juan] era un hombre bueno y [simplemente] invitaba a los judíos a participar del bautismo, con tal de que estuviesen cultivando la virtud y practicando la justicia entre ellos y la piedad [devoción] con respecto a Dios. Pues [solo] así, en opinión de Juan, el bautismo [que él administraba] sería realmente aceptable [para Dios], es decir, si lo empleaban para obtener, no perdón por algunos pecados, sino más bien la purificación de sus cuerpos, dado que [se daba por supuesto que] sus almas ya habían sido purificadas por la justicia.

Y cuando los otros [esto es, los judíos corrientes] se reunieron [en torno a Juan], como su excitación llegaba al punto de la fiebre al escuchar [sus] palabras, Herodes empezó a temer que la gran capacidad de Juan para persuadir a la gente podría conducir a algún tipo de revuelta, ya que ellos parecían susceptibles de hacer cualquier cosa que él aconsejase.

Por eso [Herodes] decidió eliminar a Juan adelantándose a atacar antes de que él encendiese una rebelión. Herodes consideró esto mejor que esperar a que la situación cambiara y [luego] lamentarse [de su tardanza en reaccionar] cuando estuviera sumido en una crisis.

Y así, a causa del recelo de Herodes, Juan fue llevado en cadenas a Maqueronte, la fortaleza de montaña antes mencionada; allí se le dio muerte. Pero los judíos opinaban que el ejército fue destruido para vengar a Juan, en el deseo de Dios de castigar a Herodes (*Antigüedades* 18,116-119).

Josefo muestra un gran respeto por el Bautista y lo retrata como un hombre que defiende básicamente una visión del judaísmo similar a la suya. Por su parte, los evangelios muestran gran admiración y veneración por Juan, poniendo de relieve las semejanzas que tiene con Jesús –aunque también las diferencias– y proponiéndolo como ejemplo para los cristianos. El modo en que el historiador y los evangelistas lo hacen difiere, pero el denominador común es el siguiente: Juan fue un admirable y popular maestro judío a lo largo del siglo I, tanto entre los judíos que no creían en Jesús como entre los cristianos.

Con todo, si bien la información de Josefo es importante, es gracias a los evangelios como contamos con unos testimonios valiosísimos sobre Juan. De no ser por ellos, su figura y mensaje habrían quedado diluidos en medio de la barahúnda de grupos y movimientos que poblaban el universo religioso judío en aquel momento.

Y, en tercer lugar, encontramos referencias al bautismo de Juan en algunos escritos apócrifos, como el *Evangelio de los nazarenos* y el *Evangelio de los ebionitas*.

R. E. Brown dice lo siguiente: «Los evangelios nos hablan primariamente acerca de la situación de la Iglesia en que fueron escritos y solo secundariamente acerca de la situación de Jesús que ellos describen». Este dato hay que tenerlo muy presente también en el caso de Juan el Bautista. Cada autor, detrás del cual se encuentra una comunidad o una escuela –como sucede con el evangelio de Juan–, con unas circunstancias vitales y de fe muy concretas, ha puesto sus ojos en el profeta del desierto, y, desde su realidad comunitaria, ofrece de él una visión. Las cuatro visiones son fieles y coinciden en que Juan es «la voz que grita en el desierto» y que prepara el camino a Jesús, acentuando también aspectos singulares. Las cuatro, vistas en conjunto, nos muestran la inmensa riqueza que Juan tiene.

El contenido del libro

J. Ortega y Gasset dijo: «Yo soy yo y mi circunstancia». Pues bien, para entender a un profeta es preciso conocer la sociedad en la que vivió y, una vez conocida, hay que tenerla muy presente. De ese modo, nos podemos dar cuenta de que cada profeta es diferente, pues cada uno responde a una situación concreta en la cual Dios le llama y le envía para hablar en su nombre. De ahí que Martín Lutero, de quien el papa Francisco ha dicho que fue profeta evangélico de un nuevo tiempo, no pueda ser conocido si no es en el marco de una Iglesia necesitada de reforma. Gandhi solo puede ser comprendido en el contexto de dominación británica sobre

su amada y sufrida India. Martin Luther King, pastor bautista, no puede ser conocido fuera del contexto de lucha racial en los Estados Unidos y el *apartheid* creado por los prejuicios de los blancos frente a los afroamericanos. Del mismo modo, Mons. Hélder Câmara, Mons. Óscar Romero, Ignacio Ellacuría, Mons. Samuel Ruiz y Mons. Pedro Casaldáliga no pueden ser conocidos plenamente sin comprender el contexto de injusticia y violencia en que vivían pueblos latinoamericanos, el cual hizo que esos grandes hombres –cuatro obispos y un filósofo– se comprometieran en la causa de la anhelada liberación. Así, para entender la vida, el mensaje, los gestos simbólicos y el trágico final de Juan es preciso conocer el contexto del judaísmo palestinese del siglo I, configurado por una gran crisis política, económica, religiosa y cultural, y, al mismo tiempo, por la esperanza en el cambio de la situación. Este será el contenido del primer capítulo.

En los capítulos siguientes iremos recorriendo la vida de Juan, desde su nacimiento en la montaña de Judea, pasando por su ida al desierto, su mensaje unido al gesto del bautismo, la llegada de Jesús al río Jordán para ser bautizado, su tan llevada y traída relación con los esenios y su cruel ejecución por orden de Herodes Antipas. En el noveno capítulo veremos en paralelo a Juan y Jesús, dos profetas en las periferias, con sus semejanzas y diferencias. Y, por último, en el capítulo décimo reflexionaremos sobre la misión de Juan como precursor de Jesús a la luz de los cuatro evangelios.

El libro no es un estudio académico de teología bíblica, sino un texto con talante pastoral y de amable lectura; por

eso no he creído necesario añadir notas a pie de página. Esta orientación pastoral está presente en el desarrollo de los capítulos; sin embargo, al final de cada uno de ellos ofrezco algunas pautas de reflexión con el objetivo de ayudar a hacer vida lo que se va abordando. Algunas referencias, preferentemente evangélicas, se repiten en varios capítulos. He considerado hacerlo para insistir en aspectos clave.

Decía H. Luccock: «Nadie puede silbar solo una sinfonía. Es necesaria una orquesta». Pues bien, aunque no soy músico ni descendiente de músicos –pero sí hijo de unos padres muy queridos y de bendito recuerdo–, para elaborar este libro, como si de una «sinfonía» se tratara, me he servido de extraordinarios «músicos», tal y como figura en la bibliografía. J. P. Meier, R. E. Brown, J. D. G. Dunn, S. Vidal, A. Álvarez, J. A. Pagola, U. Luz, F. Bovon, J. Gnilka, R. L. Webb, S. Castro, J. M. Martín-Moreno, X. Pikaza, E. Lupieri, H. Stegemann... están muy presentes. De todos ellos, en unos casos más y en otros menos, he extraído valiosísimas ideas y, en ocasiones, he tomado textos suyos literalmente: de ese modo quedan un poquito más cerca de la gente. No sé si se ha logrado una buena «sinfonía» con esta magnífica «orquesta», pero, al menos, lo he intentado. Todo lo he hecho con absoluta libertad, y estoy seguro de que ellos verán con buenos ojos el esfuerzo por dar a conocer la impresionante figura de Juan el Bautista.

El novelista francés A. Karr escribe: «La talla de las estatuas disminuye alejándose de ellas; la talla de los hombres, aproximándose». Con palabras de andar por casa podríamos afirmar: cuanto más nos aproximamos a la vida de una

persona, su talla disminuye... y también puede crecer. ¿Por qué sucede eso? Pues porque vemos mejor sus defectos y limitaciones, pero también sus cualidades y grandezas. Todas juntas. Creo que siempre, de todos modos, la proximidad y el trato son extraordinarios antídotos contra la alabanza exagerada o la deformación negativa de la imagen.

Teniendo eso en cuenta me he aproximado todo lo cerca que me ha sido posible a Juan. Era un deseo que abrigaba desde que preparé el libro titulado *Jesús. Volver a los comienzos* (2014). Al indagar en numerosos escritos cuanto me podían ofrecer sobre su figura, he encontrado sus inmensas riquezas y también sus limitaciones. Confieso que mi simpatía hacia el Bautista ha crecido enormemente. Y, lo que es más importante, me he sentido fuertemente interpelado por su vida y mensaje. Fruto de esa interpelación son las muchas preguntas que se pueden encontrar en el libro. No están planteadas solo para los otros. Todas ellas me las he hecho y me las hago a mí mismo en primer lugar. Aunque soy consciente de que exponer es exponerse, me atrevo a lanzarlas con sencillez, por si pueden ayudar a reflexionar, a discernir y a abrir caminos de la mano de Juan, el «abridor» y preparador de caminos por excelencia. Ojalá sean útiles para quien tome estas páginas en sus manos.

Un profeta muy querido

Juan el Bautista es el único santo –además de María, la madre de Jesús– de quien se conmemora en la Iglesia tanto el

día de su nacimiento como el de su muerte: el día de su nacimiento se celebra el 24 de junio, y el de su muerte martirial, el 29 de agosto. Es una de las figuras cristianas centrales del tiempo de Adviento. En la tradición litúrgica bizantina se celebra incluso su concepción el 23 de septiembre, así como el redescubrimiento de su cabeza el 25 de mayo.

Juan el Bautista es uno de los santos a los que están dedicadas más iglesias en el mundo. A lo largo de la historia, veintitrés papas han tomado su nombre. Al último de ellos, al papa san Juan XXIII, se le aplicó la frase que el cuarto evangelio dice del Bautista: «Hubo un hombre enviado por Dios; se llamaba Juan». El éxito de su culto ha sido tan grande que, si se suman los cráneos completos o trozos de ellos, así como los dedos, brazos, dientes y piernas que se veneran como presuntas reliquias en diferentes lugares, tendríamos más de diez cuerpos de Juan. En el arte religioso y profano también está muy presente. Y pocos saben que la denominación de las siete notas musicales –Do, Re, Mi, Fa, Sol, La, Si– tienen relación con Juan el Bautista; se obtienen de la primera sílaba de los siete versos de la primera estrofa de un himno litúrgico compuesto en su honor en la Edad Media.

En algunas Iglesias ortodoxas es igualmente venerado, llegando incluso a representarlo a la derecha de Cristo en algunos iconos. Los judíos también lo aprecian mucho, y es algo que nos puede parecer natural, pero ¿qué decir de los musulmanes? Pues sí, en el islam se le denomina Yahya ibn Zakariyya, «Juan, hijo de Zacarías», y es venerado como uno de los profetas anteriores a Mahoma; es considerado como un hombre misericordioso, de gran estatura moral y espiri-

tual, fiel a Dios, como Jesús y otros profetas bíblicos. Este aspecto, como es la presencia constante en el islam de elementos que provienen del cristianismo, se olvida con frecuencia. Aparece varias veces mencionado en el Corán, pero nunca bautizando. Como señala J. Daniélou, en la tradición musulmana se le recuerda por el don de las lágrimas. Este don está vinculado a un pensamiento constante en el profeta: llora por la sed que tiene de que todos gocen del paraíso, y llora porque algunos sufrirán los castigos del infierno, y las lágrimas dejaron marcas en sus mejillas. Y la iconografía de esta religión lo representa con la cabeza reclinada y llorando, mientras que Jesús parece sonriente por su confianza en Dios. Un dato curioso: la mezquita de los Omeyas en Damasco dice poseer la tumba de Juan el Bautista.

Asimismo, existe todavía hoy la pequeña comunidad gnóstica de los mandeos, nacida en el siglo II d. C., y que tiene como rito básico el bautismo. Aunque muchos investigadores piensan que Juan no tiene nada que ver con la fundación de este grupo, sus miembros lo tienen como su profeta fundador debido al rito esencial que realizó, como es el bautismo en el Jordán, y se consideran herederos de los seguidores del Bautista que no se integraron al cristianismo. Para ellos, Juan el Bautista, «Iuhana», y no Jesús, «Isu», es el Mesías, el «Cristo», esperado por la tradición judía, de ahí que sean llamados por algunos «cristianos de Juan». Actualmente son unos pocos miles y están presentes en Iraq, el sur de Irán, Siria, Jordania y algunos dispersos por Europa, América y Australia.

Las fiestas populares en honor de Juan el Bautista son innumerables. Las más conocidas son las celebradas en la noche del 23 al 24 de junio en torno a la hoguera, en el hemisferio norte, o la que, como en la Amazonía peruana, se inicia con el «baño bendito» en los ríos, y el «juane», plato preparado con arroz, huevos y trozos de gallina, todo envuelto en hoja de bijao, y que, después de hervirlo aproximadamente durante media hora, se consume acompañado de chicha.

Tiene mucho que decirnos

Ciertamente, los cristianos somos discípulos de Jesús, y no de Juan, pero la vida y palabras de este hombre cabal y hombre de Dios –como el mismo Jesús reconoció– deben ser conocidas y escuchadas también en nuestro tiempo. Con asombro he llegado a la conclusión de que el profeta del desierto tiene mucho que decirnos hoy a los cristianos, llamados –como dice el papa san Pablo VI– a llevar «fuego en el corazón, palabra en los labios, profecía en la mirada». Y tiene mucho que decirnos como Iglesia, que –en palabras del papa Francisco– ha de tener a Juan, un hombre que «existe para proclamar, para ser voz de una Palabra, de su esposo, que es la Palabra», como modelo, siendo «una Iglesia en salida, siempre al servicio de la Palabra; una Iglesia que nunca tome nada para sí misma; una Iglesia-voz que indica la Palabra, hasta el martirio. Martirio a manos, precisamente, de los soberbios, de los más soberbios de la tierra».

Como se ha dicho más arriba, meter a Juan el Bautista en el cajón de los «precursores del Mesías» y dejarlo ahí es un error. Hay que ir más allá. Sus palabras y su vida –como la de muchos profetas bíblicos– puede que nos incomoden, pero vale la pena dejarnos desafiar y transformar a fin de seguir abriendo caminos a una Iglesia y a una sociedad que sean más según el querer de Dios.

No quiero terminar esta introducción sin expresar algo importante. Concluido el libro, me dirigí a Mons. Nicolás Castellanos para solicitarle la lectura y, si fuera posible, el prólogo al mismo. La incansable, admirada y reconocida labor profética de este hombre para erradicar la pobreza y la injusticia a través de la Fundación Hombres Nuevos, que él crea y dirige en Bolivia, desde su renuncia a la diócesis de Palencia en 1991, y de sus escritos, fue la razón de mi petición. Su respuesta fue afirmativa y rebosante de cordialidad. Gracias de todo corazón, Nicolás, pastor, padre y hermano de los pobres, por su generosidad y por sus palabras.

Detrás de este escrito hay personas muy queridas y que no desean que aparezcan sus nombres. Gracias por haber acompañado con cariñosa paciencia y cercanía la elaboración del mismo, aportando ideas, corrigiendo y colaborando en la traducción de textos en lenguas extranjeras.

ÍNDICE

PRÓLOGO, de Mons. Nicolás Castellanos Franco, OSA .	5
INTRODUCCIÓN	15
Desde las fuentes	17
El contenido del libro	21
Un profeta muy querido	24
Tiene mucho que decirnos	27
1. UN TIEMPO EN PROFUNDA CRISIS	29
Una política que esclaviza	31
Una economía que mata	39
Una cultura y una religión que desunen	43
Defensores de un judaísmo puro y santo	45
Partidarios de un cambio violento	49
Movimientos mesiánicos de resistencia	54
Líderes con simpatía y apoyo popular	56
Movimientos teocráticos celosos de la Ley	59
Los terroristas en acción	63
Los zelotes y la guerra	64
Portavoces del grito callado	70
Con gestos significativos	72
Diversas miradas sobre ellos	76
Protestas sin violencia	79
La esperanza mesiánica	85

Un hombre llamado Juan	88
✳ <i>Necesitamos profetas en nuestras crisis</i>	92
2. UN NIÑO QUE SERÁ PROFETA	99
Hijo de un sacerdote rural	103
El servicio en el Templo	106
Dos buenísimas personas	109
¿Qué intención tiene Lucas?	112
Las esperanzas de una familia	116
Dios se comunica	118
Muchos volverán a Dios	122
No beberá vino ni bebida alcohólica	125
El anciano sacerdote duda	128
Dios se acerca más	130
La concepción de Juan	135
La visita de María a Isabel	137
Una hermosa bienaventuranza	141
El nacimiento de Juan	147
La circuncisión y el nombre	149
¿El niño Juan en el desierto?	155
¿Qué es un profeta?	159
✳ <i>¿Cómo ha de ser el profeta?</i>	161
3. UN HOMBRE DEL DESIERTO	169
La salvación se da en la historia	171
El emperador Tiberio	173
El prefecto Poncio Pilato	174
Los hijos de Herodes el Grande	177
Los sumos sacerdotes Anás y Caifás	178

La Palabra toca su corazón	180
Renuncia al sacerdocio	183
Elige el desierto y el río Jordán	186
Un escenario muy extraño	188
¿Es el lugar apropiado?	193
Evocando la historia de Israel	198
El lugar del comienzo	203
Mirando al futuro con esperanza	205
Una ropa muy peculiar	207
Una comida sencilla y sabrosa	213
Despierta la profecía	218
✳ <i>Un quehacer para nosotros</i>	220
4. UN MENSAJE PROVOCADOR	225
La salvación es para todos	228
Un profeta escatológico	231
Con tintes apocalípticos	234
Desde allí grita	238
Conversión auténtica	241
Directo y claro	248
Una recepción pavorosa	251
Llamada a dar frutos de conversión	256
Así será el fin	261
Sin protagonismo alguno	264
Inicio de una etapa nueva	269
El cambio aquí y ahora	272
A cada cual lo suyo	275
Una buena noticia	280
✳ <i>El silencio cómplice</i>	289

5.	UN RITUAL ÚNICO	299
	El agua entre los judíos	302
	Los rituales con agua	304
	Movimientos bautistas de renovación	308
	Los sumerge él mismo	312
	Un bautismo diferente	316
	No hay una segunda vez	319
	Todos juntos al Jordán	322
	Para el perdón de los pecados	330
	Emprender una vida nueva	334
	✳ <i>Desde el amor a la gente</i>	336
6.	UN GALILEO EN EL JORDÁN	347
	Muchas preguntas se amontonan	349
	¿No es el Hijo de Dios?	351
	Verdadero Dios y verdadero hombre	354
	Como cualquier ser humano	355
	Buscando al profeta	358
	¿Se siente pecador?	360
	¿Para qué fue al Jordán?	363
	Un acontecimiento impactante	367
	¿Recibe su vocación?	369
	Un hecho embarazoso	371
	Uno más en el Jordán	374
	Que se cumpla lo que es justo	382
	El bautismo sin bautizador	387
	Desaparece el bautismo	390
	Dos evangelios apócrifos	398
	✳ <i>Nuestro bautismo</i>	399

7.	LOS ESENIOS Y EL PROFETA	409
	Un lugar habitado por esenios	412
	Un hombre con valentía	415
	Gente piadosa y solidaria	419
	¿Casados o célibes?	422
	Los hombres de blanco	424
	Con una organización minuciosa	430
	El fin de aquella comunidad	437
	Hay semejanzas sorprendentes	440
	Las diferencias son notables	444
	Una justificación sin fundamento	451
	¿Fue Jesús un esenio?	454
	✳ <i>Al estilo de Juan</i>	459
8.	UN MÁRTIR DE LA VERDAD	463
	La suerte de los profetas	466
	La denuncia valiente desde el desierto	467
	Un conflicto que acaba mal	471
	Una familia muy complicada	479
	Sucede algo inesperado	483
	Las visitas reconfortantes	488
	Indignación y peligro	491
	Una fiesta con crueldad	493
	Una niña manipulada	498
	Muerte en fiesta de vida	502
	¿Es histórica esta escena?	505
	¿Dónde muere el profeta del desierto?	507
	✳ <i>El precio de la libertad</i>	513

9.	DOS PROFETAS EN LAS PERIFERIAS	521
	Con el grupo de Juan	524
	Discípulos que abandonan a su maestro	526
	Una labor compartida	528
	¿Qué clase de discípulo?	533
	Toma su propio camino	536
	Semejanzas y diferencias entre Jesús y Juan	544
	Dos hombres de la periferia	546
	Reciben una llamada	548
	Los escenarios de su misión	550
	Su vestido y alimentación	555
	Dos hombres orantes	558
	Con un lenguaje propio	562
	Llaman a la conversión	564
	Anuncian el juicio, pero...	567
	Nadie tiene derechos adquiridos	576
	Con seguidores a su lado	578
	Sin violencia armada	580
	Ejecutados por el poder político	585
	* <i>Atentos a los mensajeros</i>	590
10.	EL PRECURSOR DE JESÚS	593
	Una pregunta muy seria	595
	¿Qué significa esa pregunta?	598
	La respuesta de Jesús	600
	Clarificando ideas fundamentales	603
	¿Se sintió precursor de Jesús?	608
	El profeta que prepara el camino	611
	Con los rasgos de Elías	616

Promotor de la justicia y la solidaridad	620
El mejor testigo	631
Entre la historia y la teología	636
Testigo de la luz	641
Una voz que ha visto	646
Lo reconoce mayor que él	654
El sentido de su existencia	658
Su función es desaparecer	663
Ha cumplido su tarea	668
Cuestiones en el aire	670
Una invitación a todos	672
Siempre admiró al Bautista	679
Reconoce su actividad	685
Una superioridad evidente	689
✳ <i>Él nos precede</i>	691
 BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA	 703